



Marzo, 2009

## **La Universidad *verdaderamente* de cara al siglo XXI**

**Ing. Agr. Carlos Mundt**  
**Secretario Académico de la UNTREF**

Vivimos una época desgraciadamente hipócrita en la que los discursos se reducen a una retórica de lo *“que hay que decir pero nadie va a hacer”*.

La gravedad de los problemas mundiales lanza al escenario situaciones difíciles y problemas insospechados que hieren nuestra sensibilidad y generan reflexiones profundas. Ante la imposibilidad de darles respuesta en los tiempos que esos problemas requieren, el dejar sentado que los percibimos y que nos conmueven tranquiliza de algún modo nuestras conciencias. Vivimos un cambio de época, las etapas finales de un largo período que nace en el Renacimiento con los inicios de la ciencia moderna y que se acelera en los últimos doscientos años con las revoluciones industriales. Ese largo recorrido ha agotado su desarrollo y da lugar a esta nueva época, aún incierta.

El discurso universitario no puede ser ajeno a estos nuevos paradigmas: de sus aulas, gabinetes y laboratorios deben salir muchos y fundamentales aportes a la nueva época en gestación. Principalmente ideas, casi más que tecnologías, porque las ideas marcarán el rumbo de este tiempo nuevo. Si reducimos nuestro discurso al “bien pensante” planteo de mostrar que somos sensibles a las demandas de la nueva sociedad, corremos el peligro de *sólo decir y que otros hagan*.

En la actualidad, la universidad tiene un gran desafío: conservar el valor del conocimiento y transmitirlo a poblaciones crecientes de estudiantes de sectores sociales cada vez más amplios. El elitismo no sólo es antagónico con una sociedad democrática, sino que atenta contra el significado mismo del conocimiento en esta época de transición. Una universidad *verdaderamente* de cara al siglo XXI no puede declamar las bondades del conocimiento en cenáculos autocomplacientes que sólo atinan a describir las enormes dificultades de sus ingresantes para hacer frente a los estudios superiores. Debe pensar cómo forma a sus profesores y auxiliares para la complejísima tarea de enseñar a construir conocimiento, en un tiempo en el que el manejo de información se hace pasar por el conocimiento suficiente.

Esta tarea va mucho más allá de contenidos y metodologías, de herramientas didácticas, de prácticas mecánicamente reiteradas. La universidad debe plantearse seriamente que estamos ante un cambio cultural y social de dimensiones gigantescas

que necesita replanteos profundos acerca del conocimiento, su transmisión y su adquisición y no “más de lo mismo, del mismo modo, para estudiantes eternamente repetidos e idénticos”.

Desde hace más de una década, el estratégico proyecto de crear una red de universidades en el conurbano bonaerense muestra claramente cómo se van incorporando nuevos actores sociales a la vida universitaria. Decenas de miles de jóvenes que son primera generación de universitarios en sus familias hablan de un doble desafío: hacer realidad la movilidad social si se quiere una sociedad democrática y transmitirles conocimientos válidos para que su experiencia universitaria sea eso y no un escalón más para subsanar falencias secundarias, asignándoles de ese modo un lugar secundario en la sociedad.

Esta tarea es mucho más compleja que meramente abrir universidades y construir aulas. Estos nuevos estudiantes, al instalar sus problemáticas, nos recuerdan nuestros problemas, aquéllos que muchas universidades de larga trayectoria y de tradiciones instaladas suelen tener opacados. En síntesis: debemos formarlos como profesionales universitarios con las características que ellos portan y con el nivel de conocimientos que nosotros sabemos que será necesario.

Esta perspectiva, a la vez cognitiva y social, nos enfrenta además a cuestiones de equidad que eran diferentes cuando el grueso del estudiantado universitario provenía de una homogeneidad sociocultural mayor. Ya no se trata sólo de asegurar la gratuidad de la educación en todos los niveles; hay nuevos sectores que requieren apoyos que demandan recursos económicos para ser ejecutados. Y no únicamente becas para los estudiantes, sino programas para acompañarlos en su real inserción a la vida universitaria.

Nuestro compromiso ineludible debe ser con el conocimiento y los horizontes que éste puede abrirles, no el engaño de títulos que acreditan recorridos, pero no garantizan capacidades.